

Razón, emoción y retórica de la Antigüedad clásica a la Ilustración. Un acercamiento lexicográfico en el siglo XVIII español

Reason, Emotion and Rhetoric from the Classical Antiquity to the Enlightenment. A Lexicographic Approach in the Spanish XVIII Century

ANDRÉS JUÁREZ LÓPEZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia. Universidad Nacional de Educación a Distancia (España). Paseo Senda del Rey, 7, 28040 Madrid (España).

Dirección de correo electrónico: ajl71967@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4466-0951>

Recibido: 20-1-2020. Aceptado: 24-5-2020.

Cómo citar: Juárez López, Andrés, “Razón, emoción y retórica de la Antigüedad clásica a la Ilustración. Un acercamiento lexicográfico en el siglo XVIII español”, *Castilla. Estudios de Literatura* 11 (2020): 547-574.

Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.547-574>

Resumen: El papel jugado por las emociones en la retórica clásica configura un sistema que permanece estable hasta la mitad del siglo XVIII. A partir de ese momento sufre una profunda reorganización que afecta a todos sus componentes. El estudio lexicográfico de las entradas relacionadas con las emociones en diccionarios españoles de la Ilustración, con especial atención a los términos “moción” y “pasión”, nos permite vislumbrar la dinámica de tales cambios. Entre ellos, destacan la desaparición del movimiento y de la acción en el proceso de transmisión emocional de emisor a receptor o la reubicación del *pathos* emocional, que pasa de la esfera del receptor a la del emisor, ejemplificado con un caso tomado del *Epistolario* de Leandro Fernández de Moratín.

Palabras clave: emoción; razón; Ilustración; retórica; lexicografía; Leandro Fernández de Moratín; Juan Meléndez Valdés.

Abstract: The role played by emotions in classic rhetoric builds up a system that remains stable until mid XVIII Century. From this moment on, it suffers a deep reorganization that affects all of its components. The lexicographic study of entries that are related to emotions in Spanish dictionaries of the Enlightenment, focusing on the terms "moción" and "pasión", enables us to see the dynamics of those changes. Amongst them, the disappearance of movement and action in the process of emotional transmission from speaker to listener or the relocation of the emotional "pathos", which passes from the listener's to the speaker's sphere stand out.

Keywords: emotion; reason; Enlightenment; rhetoric; lexicography; Leandro Fernández de Moratín; Juan Meléndez Valdés.

INTRODUCCIÓN

Las emociones son, en buena medida, uno de los materiales que conforman, a los que se enfrenta y con los que trabaja la obra literaria. La ira, el dolor, la alegría, el afecto, el rencor o la tristeza son el material humano que, trenzado con palabras, viene construyendo desde hace miles de años la historia de la literatura y apelando a oyentes o lectores.

Con la ayuda de la lexicografía y el examen de algunas categorías de la retórica, nos proponemos iluminar en las siguientes páginas el carácter histórico, la modulación y la transformación del uso de tales materiales en un preciso momento, el siglo XVIII, en el que tal historicidad nos muestra una mutación considerable y de carácter no sólo literario y estético sino también ideológico.

Para ello, repasaremos algunas reflexiones de los tratadistas de retórica de la Antigüedad clásica y detallaremos los recientes acercamientos a la dualidad conformada por las categorías de emoción y razón desde diferentes disciplinas y enfoques, para abordar a continuación las entradas del *Diccionario de Autoridades*, de posteriores diccionarios de la Real Academia Española y del *Diccionario* de Esteban Terreros y Pando relacionadas con las emociones. Completaremos este panorama con una breve referencia a las pasiones en la *Enciclopedia* francesa. Finalmente, el estudio de un caso práctico, aportado por el *Epistolario* de Leandro Fernández de Moratín, nos permitirá evaluar las implicaciones retóricas, estéticas y literarias de tales cambios.

1. EL INTERÉS DE LA RETÓRICA POR LAS EMOCIONES

Partimos, por tanto, de la consideración de las emociones en la creación literaria. Esta compartió pronto estos materiales con la disciplina retórica, que desde sus inicios acompasó los elementos emocionales y pasionales a su tratamiento racional. De la unidad de ambos elementos, emoción y razón, dan cuenta numerosos lugares de los tratadistas de la Antigüedad clásica (Aristóteles, *Retórica*, 1356a, Quintiliano, 1997: 327; *Sobre lo sublime*, 1977: 74-75; Cicerón, 1997: 37, 57, 76).

Observamos el mantenimiento de idéntica conjunción de emoción y razón siglos después, en la Ilustración y en el Setecientos europeo, dando lugar a una singular configuración ideológica y literaria que le otorga un espacio propio, también en este ámbito, en la historia del pensamiento y de la literatura.

Distinguimos además, en nuestro acercamiento a las emociones en la retórica, entre una disciplina general, tal como se la consideró y exploró en la Antigüedad, en la que todas las operaciones tenían importancia — tanto la *inuentio*, como la *dispositio*, la *elocutio*, la *memoria* y la *actio*— y que ha resurgido en los últimos decenios de forma incuestionable, y una retórica restringida, limitada a las figuras de la *elocutio*, como se concibió la retórica en la época medieval o en el siglo XIX (Genette, 1974; García Berrio, 1984).

Si atendemos a la primera de estas perspectivas, con enfoques más amplios y contactos con otras disciplinas, veremos el constante interés de la retórica por la emoción como medio de acceso al asentimiento del receptor en el proceso de persuasión y siempre actuando de forma conjunta con la razón y la argumentación. Desde la exhaustiva descripción de Aristóteles, que dedica al asunto buena parte del Libro II de su *Retórica*, pasando por Cicerón, Quintiliano o el anónimo autor de *Sobre lo sublime*, la mayoría de los tratadistas clásicos muestran un interés notable por este aspecto.

En años recientes, no obstante, la atención que los estudiosos han otorgado a las emociones en el ámbito de la reflexión retórica y su aplicación al estudio de la obra literaria ha sido, a nuestro juicio, limitada: se ha abordado la materia de modo tangencial o complementario, quedando reducida a unas dimensiones que creemos desmerecen la riqueza de aportaciones que tal perspectiva puede ofrecer. Por citar solo un caso, la confluencia de retórica, emociones y teoría musical, que ha dado lugar a un estudio monográfico como el de Lucía Díaz Marroquín (2008), constituye una investigación centrada fundamentalmente en la historia de la música que el campo de la literatura no tiene hasta el momento, hasta donde conocemos.

Pese a todo, la estrecha relación entre emoción y razón ha contado con algunos acercamientos que merecen atención.

2. ENFOQUES MULTIDISCIPLINARES HACIA LA UNIDAD DE RAZÓN Y EMOCIONES

La nueva historia cultural ha centrado su atención de modo singular en el carácter histórico de multitud de disciplinas y materias, desde la locura, la muerte o el cuerpo hasta la lectura o el silencio, tal como señalaba Burke (1993: 14). En el caso específico de las emociones, este mismo autor (Burke, 2006: 135-136) precisaba la coexistencia de dos posibles enfoques:

Al margen de estas sugerencias, cuyas implicaciones habrá que calibrar, cabe sugerir que los historiadores de las emociones se enfrentan a un dilema fundamental. Han de decidir si son maximalistas o minimalistas, es decir, si creen en la esencial historicidad o ahistoricidad de las emociones.

Zaragoza Bernal (2013) ha dado cuenta de la atención otorgada por los investigadores a la historia de las emociones durante los últimos años, y ha examinado parte de una producción bibliográfica que sería imposible detallar aquí de modo exhaustivo. En todo caso, señala el interés mostrado por el carácter histórico de las emociones, así como la variedad de enfoques desde distintas disciplinas como la medicina, la psicología, la sociología, la política o la historia de las ideas. Resulta significativo que, además, muestre la problemática nomenclatura del universo emocional, algo que intentaremos elucidar en las páginas siguientes.

También la teoría de los afectos, “affect theory”, se ha centrado en el estudio de las emociones con un creciente volumen de publicaciones. Como notas características de esta corriente, cabe destacar su carácter igualmente interdisciplinar –la geografía, urbanismo, estudios medioambientales, arquitectura– su relación con el cuerpo y por tanto con la neurociencia (Leys, 2011), así como su relación con la acción (Cuddon, 2013:14).

En este sentido, Antonio R. Damasio es una referencia indiscutible de la investigación sobre la relación de emociones y razón desde el ámbito de la neurobiología. En *El error de Descartes* (Damasio, 1997) ofrece un detallado estudio de las implicaciones en el mecanismo racional y emocional de lesiones en zonas específicas del cerebro. Allí nos relata el caso de Phineas Gage, un activo empleado de los ferrocarriles del Estado de Vermont cuyo cerebro, en el verano de 1848, resultó atravesado en accidente de trabajo por una barra de acero que milagrosamente no solo no acabó con su vida sino que dejó intactas sus capacidades motoras, de expresión lingüística y de razonamiento, pero le inhabilitó para la toma de decisiones y para unas adecuadas relaciones sociales.

Con este y otros casos descritos a lo largo de todo el libro, su autor pone en evidencia la interdependencia entre las experiencias corporales, las emociones y sentimientos y los procesos racionales. Damasio (1997: 74) argumenta que las lesiones que implican interferencia en procesos y funciones orgánicas relacionadas con la esfera de las emociones pueden ocasionar severas restricciones en ciertos procesos considerados estrictamente racionales.

En definitiva, *El error de Descartes*, entre otras aportaciones, aborda la vinculación del cuerpo, la esfera emocional y la racional como un todo interdependiente, apuntando a “un hilo conductor que conecte razón con sentimientos y cuerpo.” (Damasio, 1997: 273)

Merece la pena insistir en que el binomio razón y emoción, lejos de concebirse como un par integrado por elementos excluyentes, ha sido abordado por múltiples disciplinas como un conjunto formado por aspectos simultáneos de un mismo ámbito de conocimiento. Podemos encontrar ejemplos de este modo de concebir ambas categorías en el ámbito lógico, filosófico, neurológico y retórico. Todos ellos confirman las intuiciones presentadas por la antigua retórica de los tratadistas clásicos, desde Aristóteles hasta Quintiliano, acerca de la mutua necesidad de ambos elementos en el proceso de la persuasión.

Alfonso Martín Jiménez (2014) ha mostrado las coincidencias de la retórica clásica con la neurociencia actual y el paralelismo entre la *actio* retórica y su conexión con el estudio de las llamadas “neuronas espejo”. Si ya Quintiliano (1997: 335) reconocía la necesidad de estar convencido para convencer, si el orador tenía que asumir e interiorizar el grado de convicción propia para transmitirlo al auditorio de forma eficaz, las neuronas espejo, caracterizadas por su capacidad para reproducir en el receptor las emociones del emisor a través de su gestualidad y expresividad, explican la pertinencia de las teorizaciones retóricas sobre la voz, el lenguaje corporal o la expresividad del rostro en el proceso de persuasión.

También emoción y razón se ven entrelazados en el acercamiento realizado desde la psicología y la psiquiatría. Es en este sentido ilustrativa la obra de Carlos Castilla del Pino *Teoría de los sentimientos* (2000: 19), en la que encontramos reflexiones acerca de la necesidad de contar con los sentimientos para la realización correcta de los procesos cognitivos.

La relación entre retórica y psicoanálisis ha sido puesta de manifiesto por José Domínguez Caparrós (1998), quien ha señalado la conexión de los fenómenos retóricos de la metáfora y la metonimia con los fenómenos

psíquicos de la condensación, el desplazamiento, la semejanza y la identificación, sustentados en el psicoanálisis de Freud, cuyo modelo de interpretación de los sueños se concibe como una retórica en la que determinadas figuras elocutivas cumplen una función en la elaboración y organización del material onírico con materiales procedentes del mundo consciente.

La reflexión filosófica también ha señalado las implicaciones mutuas de emoción y razón en el terreno de la ética. Camps (2011) ha estudiado las diferentes reflexiones de Aristóteles, Spinoza o Hume sobre esta relación. Y lo ha hecho con una premisa que coincide con el rasgo que venimos señalando desde páginas anteriores. “Los filósofos, en cambio, se interesan por las emociones, los sentimientos o las pasiones, desde el punto de vista de la relación que puedan tener con la razón” (Camps, 2011: 24).

No por casualidad tenemos en Aristóteles el primer gran sistematizador de la retórica y también de la ética. Si en la retórica se detiene en el papel de las emociones en el proceso de persuasión, dejando claro que el orador debe prestarles una atención consciente bajo la luz de la razón, en la ética las emociones y las pasiones juegan igualmente un papel de primer orden, aunque en este caso orientadas a la formación del carácter y a la práctica de la virtud mediante la elección racional y consciente de la reacción ética ante las mismas (Camps, 2011: 44). La contigüidad de ambas disciplinas en Aristóteles parte del hecho de que la retórica es una “teoría de la acción” (Camps, 2011: 56), en cuanto que capaz de influir en la decisiones de un auditorio. Señalamos que esa decisión es ya el territorio ético al que la retórica tiende y para el que pone en funcionamiento todos sus recursos y capacidades. Esta nota será determinante en la conformación del léxico ilustrado relacionado con las emociones, como tendremos ocasión de comprobar.

Un estudio pionero entre las relecturas contemporáneas de la retórica como es el de Roland Barthes (1983:10), ya indicaba en 1966 esta orientación moral y normativa de la disciplina cuando ponía en contacto lo racional con lo pasional.

M.H. Abrams, en su clásico estudio *El espejo y la lámpara* (1962), aborda el momento de disolución de la unidad conformada por el binomio emoción y razón:

El colapso de la estructura neoclásica de la crítica se produjo sólo cuando el concepto de impulso y desborde del sentimiento, de ser sólo una parte, y

parte subordinada de la teoría poética, se convirtió en el principio central del todo (Abrams, 1962: 128).

Más recientemente, Karin Littau (2008) aborda la dimensión física de los procesos de lectura y subraya fenómenos como la suspensión del juicio lector a través de la intervención del *pathos* y del concepto de lo sublime (2008: 28) o indica la influencia de la tipología del público lector en el carácter social de las obras. En el siguiente párrafo hallamos otro ejemplo del proceso de disolución que se da en la dualidad razón y emoción:

En otras palabras, una vez que la escritura dejó de estar orientada hacia un público conocido y se transformó en producto de un autor impersonal destinado a la reacción privada de un consumidor anónimo, sus efectos sociales y morales perdieron importancia ante la psicología del lector individual (Littau, 2006:43).

Si atendemos a la producción investigadora dedicada al XVIII español, cabe destacar *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)* (Durán, 2005), obra en la que su autor aborda la novedosa y progresiva incorporación de las emociones y de la intimidad al espacio de la escritura autobiográfica, trazando la mutación del género desde la *Vida* erudita a la configuración del género en su concepción moderna.

También el volumen colectivo coordinado por Delgado, Fernández y Labanyi (2018) estudia la historia de las emociones a partir de la segunda mitad del siglo XVIII desde las más variadas perspectivas del análisis histórico y cultural. Entre las muchas referencias que podríamos señalar y que nos interesan aquí, las autoras, además de apuntar al “campo de minas terminológico” (pág. 16), señalan que

El hecho de que el estudio de las emociones dé lugar a trabajos que traspasan fronteras disciplinares no debería sorprendernos, puesto que estas no encajan fácilmente en la organización de la experiencia en categorías ordenadas; antes bien, tienden a dismantelar las oposiciones binarias dentro/fuera, individual/colectivo, mente/cuerpo, pensamiento/sentimiento y razón/emoción que se han construido para mantenerlas (Delgado, Fernández y Labanyi, 2018, 11).

En este mismo volumen, Mónica Bolufer analiza el término *emociones* a partir de la segunda mitad del XVIII, lo hace en su relación

léxica con otros vocablos como *afectos*, *afecciones* o *pasiones*, señala su tardía aparición en el Diccionario de la Real Academia en 1843 y examina detenidamente su inclusión en los textos literarios. Aunque no se refiere de forma específica a la retórica, Bolufer (2018) señala con claridad el cambio de modelo que se produce en el siglo ilustrado:

El complejo y precario equilibrio de la cultura de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando la sensibilidad había sido contemplada —no sin ambigüedades y tensiones— como un complemento de la razón, un cimiento moral y un nexo social, dejaría paso a una visión más dicotómica. Razón y sentimiento aparecerán en los sucesivos como una nítida dualidad conectada a otras oposiciones binarias (masculino/femenino, cultura/naturaleza, público/privado) que nos sitúan ya en el universo del Romanticismo y que hoy mantienen su pesada herencia en la cultura y la sociedad contemporáneas (Bolufer, 2018: 53).

Bolufer ha dedicado amplia y especial atención a la investigación de las emociones en el siglo XVIII a través de múltiples publicaciones. Entre otras, merece destacarse su participación en el volumen colectivo *Educación los sentimientos y las costumbres. Una mirada desde la historia* (Bolufer, Blutrach y Gomis, 2014) o su estudio sobre los “Estilos emocionales en el siglo XVIII” (Bolufer, 2015), en el que encontramos de nuevo el carácter histórico de las emociones en su precisa y especial configuración en la época ilustrada, frente a los estilos emocionales que se darán en el siglo romántico. Bolufer detalla en él como novedades del XVIII —que encontraremos en el rastro lingüístico depositado en los diccionarios ilustrados— los matices diferenciadores entre pasiones y sentimientos, el nuevo concepto de sensibilidad, el carácter marcadamente fluido de los diferentes estilos emocionales que conviven en un preciso momento y la coexistencia, marcada en toda la producción de la literatura sentimental, de razón y emoción.

Sabemos, en efecto, que, lejos de preconizar un modelo intelectual basado en la razón como guía exclusiva, la cultura del siglo XVIII hizo el elogio del sentimiento, planteándose de manera compleja la relación necesaria entre razón y afectos (Bolufer, 2015: 2059).

Tras constatar las múltiples evidencias del interés en esta dualidad, emoción y razón, desde tan diferentes perspectivas, consideramos que las aportaciones de la retórica y la atención a la lexicografía pueden continuar

enriqueciendo nuestro conocimiento de tan peculiar cambio de modelo cultural como el que se produce entre la Ilustración y el Romanticismo.

3. UN ACERCAMIENTO LEXICOGRÁFICO. EMOCIONES Y RAZÓN EN EL SIGLO XVIII

Pasemos al contexto histórico que nos interesa. El siglo XVIII es una de las épocas que con mayor énfasis ha defendido y practicado la unidad de razón y emoción (Carnero, 1983). En lo que toca a un acercamiento a sus producciones literarias desde la perspectiva propuesta, la de la retórica y las emociones, baste pensar en la enorme dimensión crítica de la Ilustración, un período que procede a la revisión de todo un sistema de pensamiento filosófico, político, religioso y moral y al mismo tiempo se dispone a levantar un nuevo edificio reemplazando los viejos materiales por otros no solo diferentes sino en ocasiones opuestos (Hazard, 1975 y 1985; Aguilar Piñal, 1991).

El trabajo inagotable de persuasión intelectual que los ilustrados despliegan, desde la crítica y desde la propuesta, examinándolo todo y cuestionándolo todo, defendiendo y argumentando con una inusual combinación de razón y pasión, podría ser justificación y tentación suficiente para acercarse a su literatura desde esta perspectiva.

Pero el XVIII, además, va gestando a través de la filosofía sensista, de la comedia burguesa y de la poesía filosófica la zona emotiva y sentimental que se expandirá en el Romanticismo. La nota peculiar del siglo ilustrado es que mantiene conscientemente unidos los elementos racionales y emocionales (Blair, 1804:40), una unidad que se modificará sustancialmente en el Romanticismo y buena parte de las corrientes literarias posteriores.

Precisamente, el paso del XVIII ilustrado al Romanticismo es un verdadero cambio de modelo en muchos aspectos, entre ellos el retórico (Aradra, 1997). Algunos elementos relacionados con tal cambio que aquí solo podemos mencionar son, en este sentido, el nacimiento de la estética como disciplina, las reflexiones sobre lo *sublime* en autores como Burke (2010) o Kant (1990), o la teorización del *gusto* en Hugh Blair (1804), que tratarán el signo de lo emocional desde una perspectiva novedosa. Lo más pertinente en el caso de estos tres autores será que, desde diferentes ámbitos, reubican el elemento pasional, el *pathos* de los tratadistas clásicos, situado hasta entonces en el receptor, en el espacio del emisor,

del productor del discurso. Así, Burke (2010:213 y ss.) alude a la dimensión pragmática de las emociones no solo en el receptor, sino también en el emisor. Kant (1976: 60) muestra la desconexión de los vínculos de los elementos racionales y los emocionales y en las *Lecciones* de Blair (1804: 27, 40 y ss.) el receptor deja de ser objeto pasivo en la manipulación de sus emociones por parte del emisor para convertirse en el crítico racional de los mecanismos utilizados por el propio emisor para la expresión de sus emociones patéticas. Todo ello tendrá consecuencias profundas en el cambio de rumbo de la historia literaria y es aquí donde el examen del léxico ilustrado puede ayudarnos a aportar mayor claridad a la comprensión de dicho cambio.

La historia de la lengua es una herramienta de incalculable valor para desentrañar el complicado universo semántico de algunos conceptos y de algunas ideas. Nos ofrece una visión a veces inesperada y sorprendente de los cambios del pensamiento, formalizados a través del sistema de la lengua. Fenómenos lexicográficos que de otra forma permanecerían opacos, al ser estudiados a la luz de su desarrollo histórico, muestran las huellas de la cultura y de la ideología de una época, las notas que se han perdido o se han añadido en un determinado momento. Abordamos por este motivo una aproximación lexicográfica con la que intentaremos precisar y alumbrar los contornos, en el siglo XVIII, de aquello que, bajo la denominación de *emoción*, ha venido formando parte de la disciplina retórica y de la práctica literaria.

Pero debemos realizar una importante matización que ya hemos adelantado: la palabra “emoción” no aparece en nuestra lengua hasta mediados del siglo XIX, concretamente hasta 1843. Y ello, pese a la acumulación léxica de términos relacionados con las emociones que empezaron a volcarse en la producción literaria desde el último tercio del XVIII (Lapesa, 1981:431). Veamos detenidamente este desarrollo lexicográfico.

El *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (*DRAE*, en siguientes referencias), en su actualización de 2018,¹ define “emoción” de la siguiente forma:

Emoción. Del lat. *emotio*, -ōnis.

1. f. Alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática.

¹ Disponible en <https://dle.rae.es/index.html> (fecha de consulta: 13/07/2019)

2. f. Interés, generalmente expectante, con que se participa en algo que está ocurriendo.

Tenemos en esta definición notas que encontramos en los tratados de retórica desde la Antigüedad clásica. La “alteración del ánimo” con sus diferentes grados, tonalidades y orientaciones positivas o negativas la hallamos como una constante en expresiones que encontramos repetidas veces a lo largo del desarrollo histórico de la retórica con el mismo o parecido significado: “moción del ánimo”, “moción de los afectos”, “mover los ánimos”, o, bajo una fórmula que se inicia en la retórica griega, “pasión”, el *pathos* estudiado con precisión por Aristóteles tanto en la *Retórica* como en la *Poética*.

Detengámonos ahora en la definición que nos da el actual *DRAE* en la entrada “pasión”, más compleja y con un mayor número de acepciones:

Pasión. Del lat. *passio*, -*ōnis*, y este calco del gr. *πάθος páthos*.

1. f. Acción de padecer.
2. f. por antonom. pasión de Jesucristo.
3. f. Lo contrario a la acción.
4. f. Estado pasivo en el sujeto.
5. f. Perturbación o afecto desordenado del ánimo.
6. f. Inclinação o preferencia muy vivas de alguien a otra persona.
7. f. Apetito de algo o afición vehemente a ello.
8. f. Sermón sobre los tormentos y muerte de Jesucristo, que se predica el Jueves y Viernes Santos.
9. f. Parte de cada uno de los cuatro Evangelios, que describe la pasión de Cristo.

Si nos atenemos a las acepciones que interesan a nuestra indagación (1, 3, 4, 5, 6, 7) encontramos, por un lado, la nota de “pasividad” que también hallaremos formulada en la retórica de diferentes modos. La acepción señalada con el número 5 ofrece una peculiar cercanía con la definición de “emoción” y, curiosamente, nos ofrece la palabra “afecto”, que en los siglos XVII y XVIII designa una de las parcelas del universo emocional que mayor atención despierta en tratadistas, filósofos y literatos.

La diferencia, para la Antigüedad y hasta el XVIII, radica en el lugar ocupado por la diferente tipología de afecciones del alma en el proceso de comunicación retórica. Las pasiones, que Aristóteles nombra como *pathos*,

se centran en el receptor; los afectos y el carácter, que el filósofo nombra como *ethos*, quedan incorporados en la esfera afectiva y emocional del emisor:

“[...] resulta necesario atender a los efectos del discurso, no solo a que sea demostrativo y digno de crédito, sino también a cómo ha de presentarse uno mismo y a cómo inclinará a su favor al que juzga” (*Retórica*, 1377 b, 20).

Lo que resulta de extrema importancia es el hecho de que Aristóteles no conciba un *pathos* del emisor, actitud que determinará la reflexión retórica y la práctica literaria hasta mediado el siglo XVIII.

El *DRAE* nos dice de “Afecto”, con una única acepción: “Cada una de las pasiones del ánimo, como la ira, el amor, el odio, etc., y especialmente el amor y el cariño”.

“Emoción”, “afecto”, “pasión” denotan por tanto modificaciones y alteraciones del ánimo, soportadas con un grado de pasividad que resulta explicitado en las definiciones de “pasión” y “afecto” más claramente que en la de “emoción”. “Pasión” y “afecto” resultan opuestos por tanto a la acción, con un alto grado de involuntariedad, y provocados por un agente externo.

Merece la pena señalar que la distinción de actividad y pasividad está ciertamente desdibujada en estas definiciones actuales. La nota pasiva de la “pasión” se encuentra léxicamente marcada, pero no así la nota activa de la “emoción”. Es importante resaltar esta distinción porque los tratadistas clásicos hacen constantes referencias al destacado papel que el movimiento tiene en la emoción, y concretamente en la emoción retórica: se mueven los ánimos, se mueve la voluntad, se mueven las pasiones; y la técnica y el arte de provocar, orientar y dirigir tal movimiento será una de las principales finalidades de la retórica y uno de sus más destacados objetos de estudio.

Entre otros muchos ejemplos que podemos hallar en los textos de la retórica clásica, Aristóteles nos ofrece en su descripción de la ira dos aspectos fundamentales del mecanismo de la persuasión: el “movimiento” del ánimo del oyente como elemento constitutivo de la retórica; y la “presentación” de la realidad de tal forma que cumpla el objetivo de dicho movimiento emocional:

El orador debe inclinar, con su discurso, <a los oyentes> en el sentido de que se pongan en la disposición de moverse a ira, <presentando para ello> a sus

adversarios, a la vez como culpables de aquellas cosas por las que se siente la ira y como sujetos de la índole propia para excitarla (Aristóteles, *Retórica*: 1380 a, 5).

Quintiliano dedica el capítulo II del Libro VI de la *Institutio Oratoria* (1997) a la “conmoción de los afectos”. La distribución léxica y los rasgos de los diferentes tipos de emociones ofrecen, además de una organización rigurosa, notas complementarias respecto a la caracterización de Aristóteles. Para Quintiliano hay dos clases de afectos: por una parte los que él llama *pathos* y que según nos dice se traduce entre los latinos por *affectum* y por otra el *ethos*, relacionado con las costumbres (*mores*) y con el campo de la ética. Y ambos se alinean en el ámbito del receptor y del emisor, respectivamente.

Los primeros perturban, imponen, son sentimientos de alta intensidad, violentos y excitados, son transitorios precisamente en consonancia a su intensidad, que no puede sostenerse en el tiempo prolongadamente y corresponden a lo que “en sentido propio llamamos lenguaje de los afectos”: ira, miedo, aborrecimiento, compasión, hechos indignos, crueles, apasionada vehemencia. Los segundos, las emociones incorporadas al espacio del *ethos*, son suaves, graduales, persuaden, son permanentes, y son los exigidos a los oradores ya que resulta beneficioso al orador reproducirlos en su discurso como notas de su propia moralidad.

Esta caracterización se reorganizará en la época que estudiamos, cuando la disolución de la unidad entre razón y emoción resuelva que sea el emisor el portador de las notas del *pathos* que en estos momentos la retórica reserva para promover las emociones del auditorio y que sitúa en el receptor.

En el marco de esas finalidades retóricas es donde la pasividad de la afección termina y da lugar, en el receptor, a la elección o al rechazo —a la acción— de la propuesta del emisor del discurso, cuestión que pone de manifiesto la concepción aristotélica de la retórica como “teoría de la acción”, señalada anteriormente.

El momento histórico que nos interesa, el siglo XVIII, nos puede ayudar a aclarar esta indistinción actual frente al léxico clásico. La propia etimología de los términos que nos vamos encontrando deja claras señales de la importancia del movimiento. En este sentido, comprobamos que los compuestos de procedencia latina “emoción” y “afecto” incorporan la prefijación de las dos preposiciones de movimiento “e-/ex” y “a/ad-” que expresan, con una carga espacial nítida y de gran plasticidad en la

formulación latina, respectivamente, procedencia “desde (el interior de)” y dirección “hacia”. Las emociones y los afectos, artística y técnicamente manejados por el orador, nos mueven, nos sacan de nuestro espacio anímico y nos llevan a otro espacio distinto al nuestro. Desde esta consideración de la composición léxica podemos vislumbrar la dimensión pragmática de la retórica, entendida aquí en su doble sentido: orientación a la acción y a la decisión política, jurídica o moral y al mismo tiempo, desde el ámbito semiótico, orientada al receptor como determinante para el efecto del discurso retórico.

El siglo XVIII español nos brinda con el *Diccionario de Autoridades*,² obra de nuestros primeros ilustrados, la oportunidad de asomarnos a las formulaciones lexicográficas de ese concreto momento histórico.

Esta magna obra de los primeros académicos españoles, entre otras novedades lexicográficas, incorpora la consideración del uso de los vocablos en las diferentes entradas, la indicación de disciplinas técnicas en las definiciones y la incorporación de citas de autoridades, lo que orienta la labor lexicográfica desde un enfoque más descriptivo que normativo (Ruhstaller, 2003: 239-250) y la hace por tanto más útil a nuestra aproximación.

El primer tomo del *Diccionario* es de 1726; el último apareció en 1739. Las siguientes ediciones de los diccionarios de la Academia en los siglos XVIII y XIX datan de 1780, 1817, 1843 y 1884, fechas significativas para lo que podemos considerar el dominio de la Ilustración y posteriormente para el movimiento Romántico. Ofrecemos a continuación la descripción y el análisis de las acepciones más relevantes de cada entrada.

“Emoción”. “Moción”. “Afecto”. La primera y sorprendente consideración que debemos subrayar es que el término “emoción”, como adelantábamos, no aparece en los diccionarios académicos hasta la tardía fecha de 1843, con una escueta definición: “Emoción. f. Agitación repentina del ánimo”. Es decir, que el término hoy mayoritariamente usado no aparece hasta la mitad del siglo XIX, por lo que habremos de indagar el caudal léxico que abarca el campo semántico de las emociones y las discordancias o contornos que lo relacionan con el campo semántico del término actual.

² Disponible en <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/diccionarios-antiores-1726-1996/diccionario-de-autoridades> (fecha de consulta: 13/07/2019).

Sí encontramos, en su lugar, la forma no prefijada “moción”, ampliamente utilizada en los tratados y manuales de retórica. A poco que reparemos en las definiciones del *Diccionario de Autoridades* —Tomo IV (1734)— vemos que las notas dominantes de “moción” son el “movimiento” (autónomo o provocado por un agente externo), junto con “ánimo”. Estas notas, sobre todo la de “movimiento”, se han perdido o al menos desdibujado en el término “emoción” tal como hoy lo usamos.

Tanto en esta como en las siguientes entradas, seleccionamos del *Diccionario de Autoridades* únicamente las acepciones pertinentes a nuestro tema de estudio.

1– Moción. s. f. La acción o pasión, en virtud de la qual una cosa se mueve por sí, o es movida por otra. Es del Latino *Motio*. Latín. *Motus*. HUERT. Probl. f. 31. Las barrenas y sierras abrasan la mano, después de su violenta moción.

2– Moción. Metaphoricamente significa la alteración del ánimo, que se mueve o inclina a alguna especie a que le han persuadido.

A tal punto es pertinente la evolución histórica de la palabra “emoción” en su dimensión retórica que, si la observamos de modo retrospectivo, la composición del vocablo “emoción” trasluce a través del prefijo de origen latino un carácter pleonástico que la forma sin prefijar aún no ha desarrollado en el XVIII y que le permite conservar más claro y desnudo su componente semántico de “movimiento” (*motus*).

Junto al vocablo “moción”, merece destacar “afecto”. Este término es de uso amplio y temprano y de tradición filosófica y se halla también recogido ya en el *Diccionario de Autoridades*; indica de forma clara, como los anteriores, el aspecto de movimiento “interior”, con la peculiaridad de que apunta ya a una serie de emociones específicas, como la compasión, la misericordia, la ira, la venganza o la tristeza. Igualmente llamativa es la doble vinculación del término, tanto anímica como física, así como la acepción 6, que denota la positiva inclinación hacia alguien o algo.

1– Afecto. s. m. Passión del alma, en fuerza de la qual se excita un interior movimiento, con que nos inclinamos à amar, ò aborrecer, à tener compasión y misericordia, à la ira, à la venganza, à la tristeza y otras afecciones y efectos propios del hombre.

2– Afecto. Lllaman los Médicos algunas passiones ò enfermedades del cuerpo: como afecto de calentúra, de pecho, ù de nervios.

6–Afecto. Propenso, amigo, y en cierto modo parcial y benévolo, y que mira con cariño y afecto à alguno, ò à alguna cosa: como los estudiosos son afectos à los virtuosos, à las letras, à las ciencias.

“Sentimiento”. Observamos que el ámbito semántico de esta palabra es, en el *Diccionario de Autoridades* —Tomo VI (1739)— uno de los más amplios de entre las diversas entradas que estamos analizando.

1–Sentimiento. s. m. La acción de percibir por los sentidos los objéto. Lat. *Sensus. Sensatio*.

2–Sentimiento. Se toma tambien por la percepcion del alma en las cosas espirituales, con gusto, complacencia, ò movimiento interiór. Lat. Interior *sensatio, vel motus*.

3–Sentimiento. Se toma tambien por pena, ò dolor, que immuta gravemente.

La huella del sensismo filosófico de los siglos XVII y XVIII es notable en la dimensión material y física de la primera de las acepciones, que hoy expresaríamos con el término “percepción” y que el propio *Diccionario* expresa con el verbo “percibir”. En este caso, “sentimiento” y “sentidos” conforman una pareja léxica evidente que el paso del tiempo también ha desdibujado en nuestra lengua actual. Pues, en efecto, aun hoy es posible que oigamos decir a alguien, sobre todo en el ámbito rural, que ha “sentido” los pasos de un familiar o el agua de un río aún no visto; difícilmente “sentiremos” el tráfico o el griterío de un estadio de fútbol. En cualquier caso, de nuevo hallamos la referencia anímica y el elemento motor (en 2) y la doble orientación, positiva (2) y negativa (3), de las inclinaciones del ánimo.

“Pasión”. Es el término fuerte de la familia léxica. Las notas que hemos observado en las anteriores entradas se exacerban y multiplican en su dimensión negativa. El padecimiento físico se traslada al anímico y lo hace con rasgos de patología, desproporción y desorden que acompañan al término “pasión”:

1– Passión. s. f. El acto de padecer tormentos, penas, muerte, y otras cosas sensibles.

3– Passión. Se toma tambien por qualquier perturbación o afecto desordenado del ánimo.

4– Passión. Particularmente se toma por la excessiva inclinación o preferencia de una persona a otra, por interés o motivo particular. Latín. *Amor*.

5- Passión. Significa también el apetito vehemente a alguna cosa: como Fulano tiene pasión a la pintura. Latín. *Amor. Studium.*

Tenemos, por tanto, en el *Diccionario de Autoridades*, bajo los lemas “moción”, “afecto”, “sentimiento” y “pasión”, todo el espacio léxico que caracteriza el universo de las emociones en la retórica y que dibuja sus notas más definitorias. Entre ellas, hallamos en todos los vocablos analizados el movimiento, que resulta un concepto determinante, pero también la diferente orientación, positiva o negativa, de dicho movimiento, la actuación de un agente exterior, la dimensión no solo anímica sino también material y sensitiva de dicho movimiento (del mundo exterior al interior, como vemos en “sentimiento”, o del mundo interior al exterior, que podemos ver como una cierta intuición de la somatización de las emociones) y la diferencia de intensidad y grado, desde la suavidad ética de los afectos hasta la pasión descontrolada, excesiva, patológica y desordenada de las pasiones.

El *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, del jesuita Esteban de Terreros y Pando,³ se publicó en cuatro volúmenes en los años 1776, 1787, 1788 y 1793 (García Platero, 2003: 265). Terreros tampoco incluye la entrada “emoción” y sí, como en el caso del *Diccionario de Autoridades*, “moción”. Su definición muestra con extrema claridad la relación de la “moción” con el movimiento anímico:

Mocion, movimiento. Fr. *Motion.* Lat. *Motio, commotio, impulsio.* It. *Mozione.* En Cast. por lo común se usa de la voz moción, hablando de la inspiración de Dios, ó del movimiento del alma, y del corazón, y en las demás cosas es mas frecuente la voz movimiento (Terreros, 1786-1793, 598).

Como hemos adelantado, encontramos la primera aparición de “emoción” en el *Diccionario académico* de 1843, con la escueta definición: “Emocion. f. Agitación repentina del ánimo. *Animi perturbatio.*”, que se repite en las ediciones de 1852, 1869, 1884, 1899 y 1914. Tendremos que esperar a 1925 para hallar un cambio significativo: “Emoción. (Del lat. *emotio, -onis.*) f. Agitación de ánimo que promueve en él afectos o pasiones.”, que se amplía en 1936, año de la siguiente edición, con la incorporación de elementos físicos y orgánicos que

³ Disponible en <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtllle?cmd=Lema&sec=1.1.0.0.0>. (fecha de consulta: 14/07/2019).

acercará la acepción al ámbito de las antiguas pasiones, del *pathos* de la retórica clásica: “Emoción. (Del lat. *emotio*, *-onis*) f. Estado de ánimo caracterizado por una conmoción orgánica consiguiente a impresiones de los sentidos, ideas o recuerdos, la cual produce fenómenos viscerales que percibe el sujeto emocionado, y con frecuencia se traduce en gestos, actitudes u otras formas de expresión”. (pág. 498). Esta definición se mantiene en los diccionarios de 1939 y 1947, se corrige en el de 1950 para retornar a la escueta entrada “Agitación del ánimo”, vuelve a aparecer en el de 1956, 1970 y 1984 y cambia de nuevo a la entrada de 1950 en las ediciones de 1989 y 1992.⁴

Si observamos ahora la evolución de “moción” desde la entrada del *Diccionario de Autoridades*, examinada anteriormente, vemos que se mantiene en todas las ediciones hasta la de 1884, en la que hallamos, con mayor claridad, “Acción y efecto de moverse y ser movido”. En esta edición de 1884, además, las anteriores definiciones pasan al espacio del sentido figurado con la precisión “fig.”: “fig. Alteración del ánimo, que se mueve e inclina a una especie que le han persuadido”. Y ya en 1914 incorporará la acepción hoy comúnmente aceptada: “Proposición que se hace o sugiere en una junta que delibera.” (1914, pág. 684).

Con ello, queremos mostrar la continuada y progresiva desaparición de las notas emocionales y de movimiento en el término “moción” y también el progresivo protagonismo de “pasión” y “emoción”, que vienen a sustituir a “moción” en el campo léxico dedicado a las emociones. Así, el universo de las emociones, los sentimientos y las pasiones deja de estar relacionado con el movimiento y con la acción.

4. LAS PASIONES EN LA *ENCICLOPEDIA FRANCESA*

La *Enciclopedia francesa*, *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, publicada entre 1751 y 1772, nos ofrece en la entrada “Pasiones” (vol. 12, pp. 142-153) una síntesis del pensamiento ilustrado acerca de nuestra materia, que confirma y amplía las observaciones anteriormente expuestas. Nos detenemos en su análisis

⁴ Para todas estas referencias hemos consultado el *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*. Real Academia Española, disponible en <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>, fecha de consulta: 13/07/2019).

debido a la dimensión ideológica que observamos en la transformación del léxico de las emociones en este preciso momento.⁵

El artículo “Pasiones” de la *Enciclopedia* nos ofrece en sus primeras líneas el rostro pasivo del mundo emocional. No encontramos movimiento y decisión, sino bloqueo de la acción y de la libertad personal, con una explícita mención, cargada de ideología ilustrada, a la relación de ambos elementos con la pasividad y las pasiones, que resultan además emparentadas léxicamente. Se pone en evidencia el carácter extremo que ocupa la “pasión” en el *contium* de la familia léxica que hemos estudiado:

Les penchans, les inclinations, les desirs & les aversions, poussés à un certain degré de vivacité, joints à une sensation confuse de plaisir ou de douleur, occasionnés ou accompagnés de quelque mouvement irrégulier du sang & des esprits animaux, c'est ce que nous nommons *passions*. Elles vont jusqu'à ôter tout usage de la liberté, état où l'ame est en quelque maniere rendue *passive*; de-là le nom de *passions*. (*Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Vol. 12, p. 142)

Pero igualmente se menciona el poder motor de las pasiones: “Ce sont les passions qui mettent tout en mouvement, qui animent le tableau de cet univers, qui donnent pour ainsi dire l'ame & la vie à ses diverses parties”. (*Encyclopédie... Vol. 12, p. 145*).

Encontramos también formulaciones con implicaciones determinantes en la concepción sentimental de la obra literaria que pueden ser interpretadas en una dimensión retórica:

Un troisieme ordre de plaisirs & de peines sont ceux qui en affectant le cœur font naître en nous tant d'inclinations ou de *passions* si différentes. La source en est dans le sentiment de *notre perfection* ou de *notre imperfection*, de nos vertus ou de nos vices. De toutes les beautés, il en est peu qui nous touche plus que celle de la vertu qui constitue notre perfection; & de toutes les laideurs, il n'en est point à laquelle nous soyons ou nous devons être plus sensibles qu'à celle du vice. L'amour de nous-mêmes, cette *passion* si naturelle, si universelle, & qui est, on peut le dire, la base de toutes nos affections, nous fait chercher sans cesse en nous & hors de nous, des preuves de ce que nous sommes à l'égard de la perfection; (*Encyclopédie... Vol. 12, p. 143*)

⁵ Citamos por la versión de la biblioteca digital de la Biblioteca Nacional Francesa <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k505440/f143.item.r=passions> (fecha de consulta: 19/01/2020).

Aquí, la proyección hacia la acción se subjetiviza a través del amor propio, se retira a la conciencia y se independiza, frente a la fuente exterior del emisor del discurso que propicia el movimiento del ánimo en la retórica clásica. Vemos, en el párrafo citado, que el lugar del orador lo ocupa nuestra propia conciencia.

El pie que esta entrada de la *Enciclopedia* mantiene en el espacio de la Ilustración nos habla, significativamente, del papel de la razón como pareja orgánica de la pasión: “Toutes [les passions] s’arrêteroient dans leurs justes bornes, si nous savions faire un bon usage de notre raison pour entretenir ce parfait équilibre;” (*Encyclopédie* ...Vol. 12, p. 145). En definitiva, advertimos una vez más la polaridad, la mutua relación y la extrema tensión de elementos como emoción y razón, acción y pasividad, interioridad y exterioridad, llevadas al ámbito filosófico, ético y literario.

5. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN Y JUAN MELÉNDEZ VALDÉS. UN CASO ANTE EL CAMBIO DE MODELO

Para finalizar, el *Epistolario* de Leandro Fernández de Moratín (1973) nos brinda la oportunidad de asistir a un ejemplo significativo del cambio de modelo que hemos intentado detallar en páginas anteriores. Que tal ejemplo se dé a través de la escritura epistolar (y por tanto privada) del comediógrafo ilustrado por excelencia, permite por parte de este un planteamiento más abierto y explícito de las opciones y tensiones que tal cambio planteaba en el ámbito de la creación literaria.

En carta escrita en Montpellier el 28 de septiembre de 1817 a su amigo Juan Antonio Melón, Moratín nos ofrece una valiosa muestra de su posición vital y estética que contribuye además a situarlo en un lugar específico dentro del cambio de modelo estético y retórico:

París [...] Si alguna vez fuese, no sería para estar en París, sino para disfrutar de París; y esto no puede hacerse sin tener a mano una porción considerable de discos áureos, o al menos argénteos. Pero este peculio, que es bastante para vivir con cierta holgura en Montpellier o en Florencia (que es la ciudad que yo veo en el mapa más inmediata a ésta), no lo es para echar piernas en París, y gozar de las diversiones que abundan dentro de esa gran jaula. Pensar que yo había de ir allá y contentarme con estar metido en un cuarto, contemplándote todo el día y atizando la chimenea, exclamando como un poeta:

Salud, lúgubres días, horrorosos
aquilones, salud....

es pensar en lo excusado. (Fernández de Moratín, 1973: 337)

Moratín enuncia en estas líneas sus prioridades vitales, asumiendo ciertamente algunos *topoi* clásicos *-beatus ille, aurea mediocritas-* como es el de la vida, si no retirada, al menos alejada de las grandes capitales, como lo era en tales años París. Mejor “disfrutar” que “estar” en París. Mejor Montpellier o Florencia, que permiten vivir con holgura con recursos que en París no darían para apenas algo más que subsistir. En la escala de valores y prioridades vitales de Moratín encontramos aquí, por encima del renombre de una gran capital, la felicidad, el placer, el disfrute de lo posible y de lo presente. Y a continuación hallamos una formulación de un autorretrato imaginario que presenta, a través de los versos citados, el envés negativo e irónico del ideal de vida que Moratín acaba de defender. Con la cita de los versos de Meléndez Valdés, Moratín (desterrado, recordemos, y alejado de sus muy queridas musas teatrales) pone al descubierto sus cartas vitales pero al mismo tiempo estéticas. Lo hace, además, en un punto que hemos considerado central, como es el cambio de focalización de la carga emocional del discurso que se produce en el paso de la Ilustración al Romanticismo. Este cambio, volvemos a insistir, transita de la orientación de la carga emocional en el receptor en el modelo ilustrado al énfasis mostrado en el peso emocional de la experiencia subjetiva del emisor en el momento romántico.

Los dos versos citados por Moratín pertenecen al arranque de un conocido poema de Meléndez Valdés, la *Oda primera*, titulada “El invierno es el tiempo de la meditación” (Meléndez Valdés, 1988: 193-197). Reproducimos la primera estrofa porque resulta significativa para comprender el cambio de modelo que hemos mencionado en varias ocasiones, así como la posición de Moratín al respecto:

Salud, lúgubres días; horrorosos
aquilones, salud. El triste invierno
en ceñudo semblante
y entre velos nublosos
ya el mundo rinde a su áspero gobierno
con mano asoladora; el sol radiante
del hielo penetrante

huye, que embarga con su punta aguda
 a mis nervios la acción, mientras la tierra
 yerta enmudece, y déjala desnuda
 del cierzo helado la implacable guerra.
 (Meléndez Valdés, 1988: 193)

Estos versos de uno de los mayores representantes de la poesía del XVIII español, cultivador del género anacreóntico, poesía hedonista, festiva, erótica y vitalista, aportan el complementario espacio de la sublimidad y muestran de paso la complejidad de un momento en el que un mismo autor, Meléndez Valdés en este caso, cultiva tanto la carnalidad amorosa del arte rococó como la solitaria e invernal reflexión de la poesía filosófica.

John H. R. Polt se ha ocupado del estudio de esta faceta de Meléndez Valdés y de esta fase de transición de la poesía del XVIII (1995: 723-725). Polt ha señalado la importancia del sensismo, de la influencia de la filosofía de Locke y de la enorme atención prestada a la reacción psíquica ante las impresiones sensoriales, la tendencia al sentimentalismo y la unidad de fe en la razón tanto como en la emoción; titula uno de sus párrafos dedicado a Meléndez Valdés “La noche y el dolor. Apología de las lágrimas”, y señala algunas de las características de la poesía sensible: aislamiento, victimismo, preferencia por la noche como espacio sublime, y, lo que consideramos importante, el narrador del poema “finalmente convierte su sufrimiento en fuente de superioridad moral ante un mundo corrompido, actitud que recuerda al Tediato de las *Noches Lúgubres* de Cadalso” (Polt: 1995: 748- 749).

En este complejo cuadro de transformaciones, debemos añadir la interiorización del paisaje integrada por la estética de lo sublime, también destacada por Polt (1995: 755-759), una interiorización que de modo especialmente nítido encontramos en estos versos de Meléndez Valdés.

Como si se tratara de una tela de Caspar David Friedrich, el poema que nos ocupa describe la atmósfera invernal, la exterioridad de una hosca naturaleza helada, condicionando la interioridad del narrador del poema, situado en un primer plano, y desplazando el foco de emociones hacia tal interioridad: recogimiento, tristeza, silencio que pasan de la naturaleza al interior del protagonista del poema. Con una precisión: todo este proceso de interiorización se traduce en el bloqueo de la acción. Si la emoción retórica volcada en el receptor implicaba una propulsión a la acción en el

modelo clásico, persuasivo, ahora vemos el efecto contrario, la implosión de la acción. El poema de Meléndez Valdés lo dice con claridad:

...el sol radiante
del hielo penetrante
huye, que *embarga* con su punta aguda
a mis nervios la acción. (Subrayados nuestros)

Todos estos elementos son los destacados y reconocidos por Moratín en clave de negación irónica en el fragmento de carta citado. Reconoce el nuevo modelo, lo identifica, pero lo rechaza en beneficio del mantenimiento del ideal hedonista defensor a ultranza de la modesta pero inquebrantable felicidad, en unas condiciones vitales poco propicias a ello pero muy parecidas a las de Meléndez Valdés, otro desterrado, otro afrancesado con cargo público en los años de invasión francesa y con quien Moratín mantiene relación personal y literaria, plasmada en el soneto que le dedica cuando Meléndez muere en 1817.

Y así Moratín, que inicia su vida profesional, gestiona sus opciones políticas y desarrolla su obra literaria en unos parámetros muy similares a los de Meléndez Valdés, llegado a un límite, a una frontera desde la que podía contemplar el cambio de modelo que terminaría dando paso al Romanticismo, decide mantenerse en el espacio del clasicismo de la Ilustración. Es una decisión vital y por tanto moral, pues Moratín sitúa la felicidad por encima del sufrimiento de forma clara, y en absoluto intenta dar carta de naturaleza estética al dolor para justificar ningún tipo de superioridad moral. La decisión de Moratín puede estar condicionada por su temperamento, por su conformación psicológica, por un carácter poco dado a las exhibiciones del yo. Todos estos aspectos pueden tener relación con tal decisión. Sea como fuere, lo que nos interesa en este caso es mostrar la conciencia que Moratín tiene de permanecer voluntariamente en el espacio de la libertad ilustrada, de la felicidad posible, y su irónica negación del nuevo modelo de la estetización del sufrimiento y de la inacción y el encierro en la propia subjetividad que anunciaban los nuevos tiempos, al menos en una parte de la literatura romántica. Creemos que el enfoque retórico de este nudo de transformaciones es pertinente por sus consecuencias morales, estéticas y pragmáticas.

CONCLUSIONES

Este repaso al léxico relacionado con las emociones en algunos de los diccionarios del XVIII nos ha mostrado la importancia del movimiento como elemento central en el sistema retórico de la Ilustración. Igualmente, hemos tenido ocasión de comprobar el carácter activo de las emociones en la lexicografía y en la retórica de la Ilustración, emociones originadas por el emisor y concebidas como medio para provocar una acción en el receptor. Hemos podido igualmente observar la ubicación de las dos tipologías emocionales, *ethos* y *pathos*, en el emisor y el receptor, respectivamente. El equilibrio entre estos dos grupos de categorías, que el XVIII mantiene, terminará por disolverse en el movimiento romántico, trasvasando el *pathos* a la esfera del autor y eliminando del sistema, en buena medida, el ingrediente activo y la idea de movimiento.

Finalmente, la tardía aparición del término “emoción” en los diccionarios de la Academia, asimilado a “pasión”, podría llevarnos a una lectura estética y retórica pero también ideológica del proceso, que aquí solo podemos apuntar. Un apunte, tan solo, tomado del *Epistolario* de Leandro Fernández de Moratín y su irónica confrontación ante la *Oda primera* de Meléndez Valdés ha servido para ejemplificar el cambio y sus implicaciones. Podrían resultar determinante para profundizar en las cuestiones aquí planteadas un examen más amplio del corpus literario y teórico de los siglos XVIII y XIX. Ello permitiría analizar la evolución de tales implicaciones en la historia literaria.

BIBLIOGRAFÍA

Abrams, Meyer Howard (1962), *El espejo y la lámpara, teoría romántica y tradición crítica*, Buenos Aires, Editorial Nova.

Aguilar Piñal, Francisco (1991), *Introducción al siglo XVIII*, Madrid, Editorial Júcar.

Aradra Sánchez, Rosa María (1997), *De la retórica a la teoría de la literatura (siglos XVIII y XIX)*, Murcia, Universidad de Murcia.

Aristóteles (2000), *Retórica*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos.

- Barthes, Roland (1983), *La antigua retórica, (Investigaciones retóricas, I)*, Barcelona, Ediciones Buenos Aires.
- Blair, Hugo (1804), *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras. Las tradujo del inglés Don Joseph Luis Munárriz*, Madrid, En la Imprenta Real.
- Bolufer, Mónica; Blutrach, Carolina y Gomis, Juan (eds.) (2014), *Educación los sentimientos y las costumbres. Una mirada desde la historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC).
- Bolufer, Mónica (2015), “Estilos emocionales en el siglo XVIII”, En Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García, Manuel F. Fernández Chávez (eds.), *Comercio y cultura en la Edad Moderna*, Comunicaciones de la XIII reunión científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, pp.2055-2066.
- Bolufer, Mónica (2018), “Afectos razonables: equilibrios de la sensibilidad dieciochesca”, En Luisa Elena Delgado, Pura Fernández, Jo Labanyi (eds.), *La cultura de las emociones y las emociones de la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, pp. 35-56.
- Burke, Edmund (2010), *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, Madrid, Alianza Editorial.
- Burke, Peter (1996), “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”, En Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 11-37.
- Burke, Peter (2006), *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós.
- Camps, Victoria (2011), *El gobierno de las emociones*, Barcelona, Herder.
- Carnero, Guillermo (1983), *La cara oscura del siglo de las luces*, Madrid, Fundación Juan March.

Castilla del Pino, Carlos (2000), *Teoría de los sentimientos*, Barcelona, Tusquets.

Cicerón, Marco Tulio (1997), *El orador*, Madrid, Alianza editorial.

Cuddon, John A. (2013), *A dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, Chichester, Wiley-Blackwell,

Damasio, Antonio R. (1997), *El error de Descartes*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Delgado, Luisa Elena; Fernández, Pura; Labanyi, Jo (2018), “Cartografía de las emociones en la cultura española contemporánea: teorías, prácticas y contextos culturales”. En Luisa Elena Delgado, Pura Fernández, Jo Labanyi (eds.), *La cultura de las emociones y las emociones de la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, pp. 9-33.

Díaz Marroquín, Lucía (2008), *La retórica de los afectos*, Kassel, Reichenberger.

Diccionario de Autoridades. 1726-1739, <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/diccionarios-antteriores-1726-1996/diccionario-de-autoridades> (fecha de consulta: 19/07/ 2019).

Diccionario de la lengua española. Real Academia Española. Actualización 2018, <https://dle.rae.es/index.html> (fecha de consulta: 19/07/ 2019).

Domínguez Caparrós, José (1988), “La retórica en la interpretación psicoanalítica”, *Estudios de Lingüística*, 5, 1988-1989, pp. 17-28. <https://doi.org/10.14198/ELUA1988-1989.5.02>

Durán López, Fernando (2005), *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Encyclopedie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une Société de gens d lettres. París, 1751-1772, 28 vol., <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k505440/f143.item.r=passions> (fecha de consulta: 19/01/2020).

Fernández de Moratín, Leandro (1973), *Epistolario*, Ed. de René Andioc, Madrid, Editorial Castalia.

García Berrio, Antonio, (1984), “Retórica como ciencia de la expresividad: presupuestos para una Retórica general”, *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante*, 2, pp. 7-59, <https://doi.org/10.14198/ELUA1984.2.01>

García Platero, Juan Manuel (2003), “La lexicografía no académica en los siglos XVIII y XIX”, En Medina Guerra, Antonia M (coord.) *Lexicografía española*, Barcelona, Airel, pp. 262-280.

Genette, Gérard. (1974), “La retórica restringida”, en VV.AA. *Investigaciones Retóricas, II* (Comunicaciones, 16), Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, pp. 203-222.

Hazard, Paul (1975), *La crisis de la conciencia europea (1680- 1715)*, Madrid, Pegaso.

Hazard, Paul (1985), *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza Editorial.

Kant, Immanuel (1990), *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*, Madrid, Alianza Editorial.

Leys, Ruth (2011), “The Turn to Affect: A Critique”, *Critical Inquiry*, Vol. 37, No. 3, pp. 434-472.

Littau, Karin (2008), *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*, Buenos Aires, Manantial.

Martín Jiménez, Alfonso (2014), “La retórica clásica y la neurociencia actual: Las emociones y la persuasión”, *Rétor*, 4 (1), pp. 56-83.

Meléndez Valdés, Juan (1988), *Poemas*, ed. de José Esteban, Madrid, Ediciones Júcar.

Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española. Real Academia Española. Disponible en <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>, (fecha de consulta: 13/07/2019)

Polt, John H. R. (1995) “La noche y el dolor. Apología de las lágrimas”. En Víctor García de la Concha (dir.), *Historia de la literatura española*. Vol. 7, Siglo XVIII (II), Madrid, Espasa Calpe, pp. 723-759.

Quintiliano, Marco Fabio (1997), *M. Fabii Quintiliani Institutionis Oratoriae Libri XII: Sobre la formación del orador, doce libros*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca.

Ruhstaller, Stephan (2003), “Las obras lexicográficas de la Academia”. En Antonia M. Medina Guerra (coord.), *Lexicografía española*, Barcelona, Ariel, pp. 235-261.

Terreros y Pando, Esteban de (1787), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana [...]*, <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.1.0.0.0>, (fecha de consulta: 19/07/ 2019).

Zaragoza Bernal, Juan Manuel (2013), “Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión”, *Asclepio*, 65 (1), <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.12>